

Huatulqueños de Leonardo da Jandra: un acercamiento



MIGUEL G. RODRÍGUEZ LOZANO

Han pasado diez años desde la publicación de *Entrecruzamientos*, la primera novela del escritor mexicano Leonardo da Jandra (Pichucalco, Chiapas, 1951). En ese lapso Da Jandra publicó ocho libros más: cinco novelas (*Entrecruzamientos II y III*, 1988-1990; *Huatulqueños*, 1991; *Tanatonomicon*, 1992; *Arousiada I*, 1995); un tratado metodológico (*Totalidad, seudototalidad y parte*, 1990); un libro de ensayos filosóficos (*Presentáneos, pretéritos y pósteros*, 1994), y un libro de relatos (*Los caprichos de la piel*, 1996).¹ Con *Entrecruzamientos* Da Jandra se abrió paso entre la narrativa mexicana y se situó entre los mejores escritores del país gracias a la propuesta discursiva —algo que él mismo llamó *pirotecnia verbal*— y sobre todo al contenido de esa trilogía que rompió con la cotidianidad literaria del país, pues la narrativa mexicana seguía enfrascada en temas vinculados a la clase media y el entorno urbano (con excepciones que no pueden faltar, *Los nombres del aire* de Alberto Ruy Sánchez, por ejemplo, y lo publicado por Jesús Gardea, Daniel Sada, Gerardo Cornejo y Emiliano González).

La experiencia del lector frente a *Entrecruzamientos* contrastó, en ese sentido, con lo que producían los contemporáneos de Da Jandra (David Martín del Campo, Luis Zapata, Juan Villoro, Agustín Ramos, José Joaquín Blanco, Ethel Krauze, entre otros). La lectura de la trilogía exigió un diálogo de conocimientos literarios, históricos y filosóficos que

de entrada hizo de la narrativa de Da Jandra una gran excepción que desbordó toda limitación. Da Jandra en *Entrecruzamientos* se arriesgó a un diálogo de conocimiento y metodología de la vida que pocos autores han llevado a cabo.

Entrecruzamientos I, II y III cuenta la historia de Eugenio y el enigmático don Ramón, un viejo celta que se convertiría poco a poco en el maestro de Eugenio. Éste representa el escepticismo y el desmadre; aprende, quizás como el lector, a sistematizar no sólo su forma de vida, sino también su forma de pensar, de dialogar; de ahí que los *Entrecruzamientos*, en Playa Tortuga o en la sierra chinanteca (espacios-tiempo en los que se desarrolla la obra), se vuelven un gran diálogo entre don Ramón y Eugenio, entre ellos y el lector, sujeto receptivo ante la polémica filosófica e histórica que interroga y aprehende (así, con *h*) las disquisiciones de los personajes:

—¿Lo que usted me dice es que no niegue ni afirme la vida cotidiana, sino que la deje en un posible?

—Eso es. Pero ten presente que ser fluido no significa estar agujereado. Es seguro que al cabo de dos o tres semanas sientas el primer tirón del medio; ponte alerta y recurre de inmediato a una estructuración metódica de tu existencia, si no te van a devorar ...

—Un momento, don Ramón, me estoy haciendo bolas.

—Pues mejor hazte cuadritos.

—No, en serio. ¿Qué carajo me está tratando de decir? (*Entrecruzamientos II*, p. 45.)

No obstante, en ese diálogo el lector por momentos pierde terreno, ya que la magnitud de conocimientos re-

¹ Cabe señalar que *Totalidad, seudototalidad y parte* y *Tanatonomicon* fueron publicados con el nombre de S. C. Chuco, *alter ego* de Leonardo da Jandra. Por otro lado, aunque la obra *Tanatonomicon* la estoy considerando novela, por las partes de ficción y el lenguaje propuesto, sin duda tiene mucho de texto filosófico dadas las reflexiones sobre lo poético y el arte, entre otros temas.

basa cualquier síntesis. El desbordamiento intelectual presente en *Entrecruzamientos* es tan amplio que crea un problema de lectura, pues el lector se atora en algunas partes, tal como en ocasiones le ocurre al personaje Eugenio. Afortunadamente la actitud antisolemne de este personaje, típico de los sesentas, y su enseñanza atrapan al lector. Si no fuera por eso, en definitiva *Entrecruzamientos* sí sería totalmente selectiva y elitista respecto a sus lectores. En el fondo, y no sin razón, lo que espera Da Jandra es un lector, para utilizar uno de sus términos, *metacotidianizante*, lo que significa ser tan sistemático y metodológico como sus personajes.

Tal vez Da Jandra no quiso caer en el didactismo, pero ante tal corpus de conocimiento y el diálogo de personajes-lector queda esa sensación (así se ve en las reflexiones sobre la *Paideia* y la *Toltecáyotl*, por ejemplo). Con todo, la apertura literaria de *Entrecruzamientos*, que por cierto recuerda a las novelas del siglo XVII, en cuanto a las reflexiones filosóficas (*Jacques, el fatalista* o *Vida y opiniones del caballero*

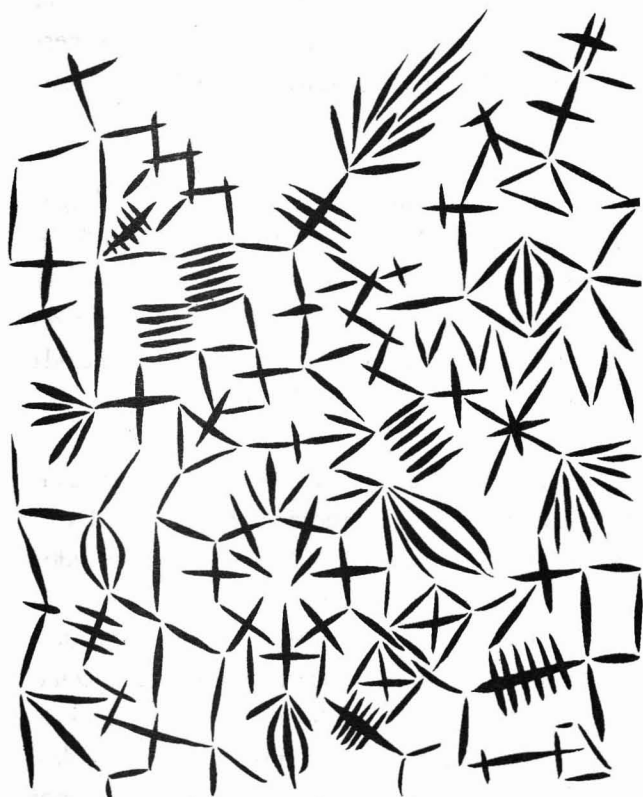
tisfacción, que destila bilis por doquier y cuyo mérito fundamental es estar “en contra”; por el otro, la literatura de los usufructuadores del poder literario, que rechazan temerosos la pasión y la violencia de la dinámica cambiante para terminar rindiendo culto a un artepurismo fosilizado. (*Entrecruzamientos II*, p. 94.)

Claro que el proyecto de Da Jandra se aparta de esas vertientes. Tal intento se hace evidente en la cuarta novela de este autor: *Huatulqueños*. En esta obra, el lector vuelve a enfrentarse al ambiente de la selva, al mar y a la lucha incansable entre pueblos, familias, caciques, por mantenerse en un espacio que a lo largo de los años —y hasta últimas fechas— se ha ido degradando por los ímpetus de modernización y la misma gente. En *Huatulqueños* se deja de lado la cuestión filosófica para aportar un texto completamente literario que rebasa, de manera distinta, las novelas de tema rural, tanto en el ámbito formal como en el de contenido.

La muerte inexplicable de cinco huatulqueños sirve como principio de la novela para, a lo largo de la lectura, no sólo retratar la historia de Huatulco (lugar donde se reverencia al madero) y toda esa región de Oaxaca, sino contar las historias de personajes como Nicéforo, Nicasio o Genaro —entre innumerables nombres—, que en la novela representan la lucha incesante por sobrevivir. Dice Da Jandra en otro de sus libros (*Presentáneos, pretéritos y pósteros*):

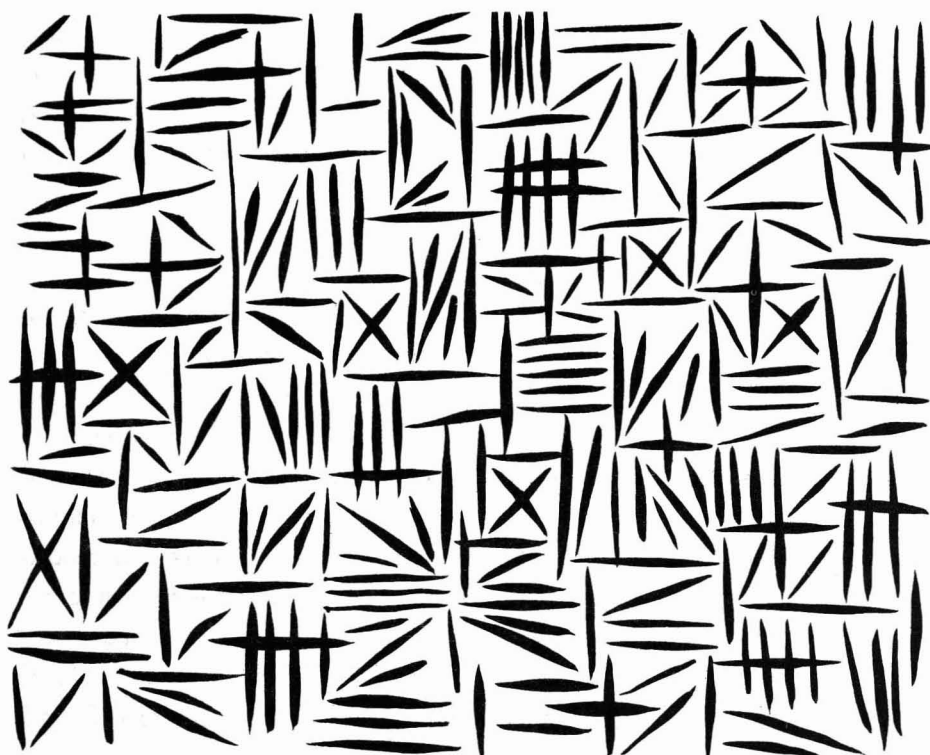
Para el huatulqueño matar es la forma más auténtica de ser. El que no mata o es cobarde o es pendejo (que son las dos formas de eludir la confrontación con la muerte que exige la hombría). El huatulqueño jamás tiene remordimientos cuando mata a un semejante; lo único que le preocupa es la venganza de los deudos de la víctima. En Huatulco no funciona el imperativo ético-legal que prohíbe a una persona sacrificar a otra en su propio beneficio o en beneficio de un tercero. Aquí lo que se cuenta es, una vez realizado el sacrificio, cómo escapar a la venganza de los deudos. Para el huatulqueño, ley y gobierno son sinónimos de degradación: sólo el que tiene dinero (ganado y tierras), apela a la corrupción de la justicia. (p. 19.)

En *Huatulqueños* es Tánatos sobre Eros quien domina las acciones de los personajes. Todos representan la violencia que el ambiente y su espacio han desarrollado a lo largo de los años. La escopeta y el machete parecen responder a necesidades y acciones únicas de los mismos personajes.



Tristram Shandy, por citar dos clásicos), crea un nuevo ambiente en la narrativa mexicana de fines de los ochentas que parecía se estaba estancando. Sobre esto, no se aleja mucho la reflexión que el personaje don Ramón hace respecto a la literatura urbana:

tenemos así dos literaturas urbanas que se afirman internegándose: de un lado la literatura del resentimiento y la insa-



La violencia se convierte en el sostén discursivo que, dentro de la vida de los personajes y su mundo, es algo tan cotidiano como uniforme. Así, cada una de las escenas descritas por Da Jandra posee una fuerza y una tensión que hacen del lector un *voyeur* inerte ante la ficción, que subyuga por la magnitud de sus descripciones. Un lector diferente, mucho más diverso, que el buscado en *Entrecruzamientos*:

Simón salió del escondite y se fue a parar en la mera esquina de la casa. Alistó el machete y esperó. Justo cuando venía Nemesio abrochándose el cinturón, le dio Simón el frente soltándole un machetazo sobre la cara. Al sentir el impacto, Nemesio dio unos pasos hacia atrás hasta tropezar con la casa. Sin el ojo izquierdo y con la nariz colgándole sobre la boca rajada, vio venir a su sobrino con el machete levantado. “Ahg jijo de tug chingadag...”, acertó a decir al tiempo que levantaba la mano para parar el golpe. Se oyó el estallido del hueso al ser cortado por el fierro, y Simón sintió cómo una garra feroza se le crispaba en el cuello. Al abrir boca y ojos en expresión desesperada por falta de aire, Simón vio la horrible mutilación que había hecho en el rostro de su tío. (p. 152.)

Todo es posible en las tres partes en que se divide la novela (“El ahora”, “El presente”, “El pasado”): el amor, la muerte, la agonía, el incesto, el narcotráfico, el afán de lucro pasan por las páginas de *Huatulqueños*. En esta obra, Da Jandra

manifiesta una preocupación por el lugar que describe, por la modernización, la burocratización que absorbe a la región de Huatulco y la terrible experiencia ecológica por la que se pasa. Por supuesto, la novela no es un mensaje moral, más bien una sutil advertencia: el desgarramiento de un mundo que los aires posmodernos tácitamente destruyen.

Da Jandra, a través del personaje Nicéforo, lucha a contracorriente por mantener la experiencia mítica y especial de esa región, experiencia que se viene dando desde *Entrecruzamientos* con las situaciones que vive Eugenio en Playa Tortuga. Es el caso, por ejemplo, de la caza o la pesca, ritualizaciones que van perdiendo esa función para dar paso a una depredación incontrolable, abiertamente cuestionada en *Huatulqueños*:

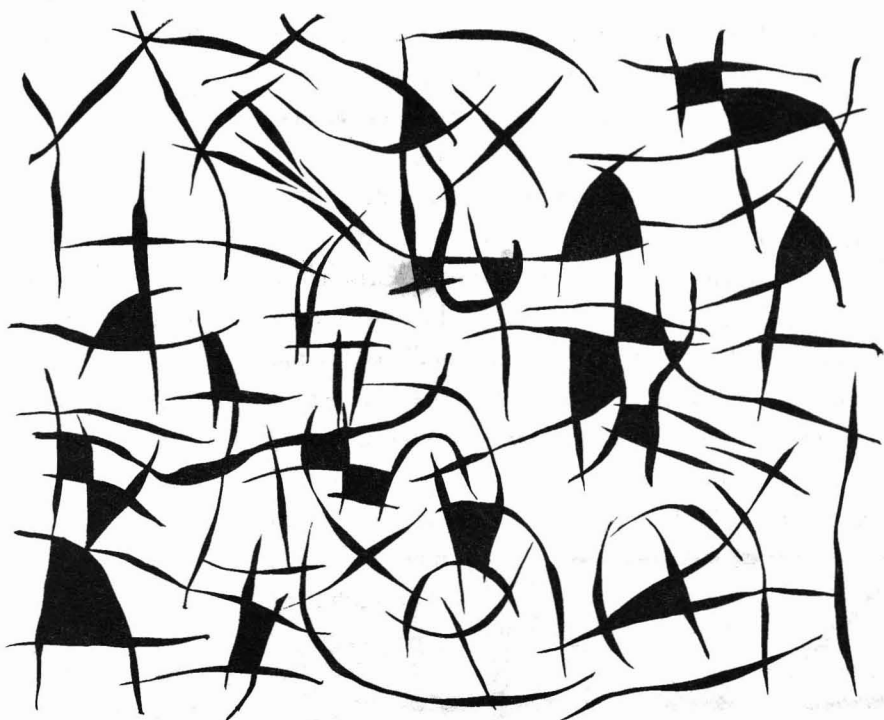
... de todos los animales acosados el oso almizclero, el tejón y el mapache eran, descontando a las iguanas, los que llevaban la peor parte. Los venaderos, por su lado, aunque más silenciosos y comedidos, eran los más grandes depredadores de la fauna mayor, espiando en árboles y aguajes la llegada del venado, jabalí, puma y tigrillo. (p. 180.)

En *Huatulqueños* existe una evidente preocupación por la cuestión temporal, dada desde el propio índice. La división narrativa en “El ahora”, “El presente” y “El pasado” tiene implicaciones formales en la novela. Digamos que cada capítulo intenta sostenerse también en esos tres momentos. Con ello, el autor busca una explicación totalizadora de cómo se ha desarrollado la región de Huatulco desde los inicios de este siglo XX, a través de la pugna entre familias y pueblos. La ansiedad del narrador por abarcar la historia en el menor tiempo posible, pero sin dejar de lado la formalidad temporal propuesta desde el índice, lo lleva a acelerar y sintetizar algunas escenas:

Dos días después de destruidas las mojoneras, el cotulense Raúl Ríos fue ultimado a balazos en plena plaza de Pochutla. Al día siguiente Aurelio Salinas fue con tres de sus mejores hombres a Pochutla y acribillaron en su casa al po-

chutleco Erasmo Villas, asesino de Raúl Ríos.

Viendo Pedro Díaz que la cosa iba en serio, se fue con dos hombres de confianza hasta San Francisco Loxicha, a pedir ayuda a su cuñado Delfino Díaz. Reunió Delfino en un par de días numerosa tropa de a caballo y escoltó a Pedro hasta Coyula. Acordaron luego ponerle emboscada a los meros cabecillas coyulenses, y en ella cayeron Aurelio Salinas y seis de sus hombres, entre los que se encontraban Arcadio y Zózimo Avelino, que habían recibido de Aurelio la promesa de hacerse con las mejores tierras que le iban a quitar a los pochutlecos. Prendidos de coraje por la noticia, los huastulqueños se dejaron ir sobre Pedro Díaz y su gente y los acorralaron en Coyula. (p. 284.)



imposible que condensa la temporalidad en acciones ágiles, apresuradas, pero efectivas e impactantes:

Lo anterior no quiere decir que haya una historia lineal, el autor rompe con el tiempo saltando de un lugar a otro. “El ahora” funciona como introducción, como punto de arranque, motivo por el cual sólo abarca diecinueve páginas de la novela. Considero que “El ahora” forma parte de “El presente”. Así, el peso narrativo está en “El presente” y “El pasado”. En este sentido, los saltos temporales llenan el espacio narrativo, total, de la novela. Un personaje muere en una página, aparece vivo en otra, se cuentan sus aventuras y vuelve a aparecer. Con esa movilidad temporal el autor llena los espacios de vida de cada uno de los personajes que le interesan. El nacimiento, el desarrollo vivencial y la muerte son vistos fragmentadamente a lo largo de “El presente” y “El pasado”. Los saltos temporales son frecuentes. La parte de “El pasado”, por ejemplo, se inicia en los primeros treinta años de este siglo, después salta hasta los setentas, retrocede a los cuarentas y vuelve a los sesentas y setentas. No obstante, más allá de desanimar su lectura, esa movilidad temporal acelera la historia que se cuenta y se vuelve vertiginosa. Tiempo y acciones responden al espacio de la selva donde sólo sobreviven, por supuesto, los que ganan.

Frente a un espacio en el que se enfrentan todos contra todos, utilizar la temporalidad de otra manera hubiera producido un caos, por eso la propuesta novelesca de Da Jandra es acertada, pues permite un narrador más eficaz e

El chamaco estiró el rifle y le punzó a León en un costado. Se sacudió éste y preguntó qué pasaba. Sin quitarle la vista ni un solo instante a Ruperto, que extraía un cerillo de la caja, Aquileo aprovechó para deslizar el dedo hacia el gatillo de la escopeta. Cuando Ruperto dejó recostar la escopeta sobre el hombro para rascar el cerillo contra la caja, Aquileo bajó el cañón y le dejó ir un escopetazo en plena cara. Saltó Ruperto impactado hacia atrás cayendo sobre León. Mingo, con la atención dividida entre León y el chamaco, no pudo evitar que éste agarrara con rapidez el rifle y encañonara a Aquileo, que estaba echando la mano atrás para sacar la pistola. Se oyó un click agudo que Aquileo recordaría toda su vida, y el chamaco ya no tuvo tiempo de volver a jalar del pasador. Lo agarró Mingo por la cabeza y le metió un escopetazo en el pecho, levantándolo en el aire por el impacto. Asustado por la salpicadera de sangre, León apenas tuvo tiempo de quitarse el cuerpo de su hermano de encima y escurrirse entre la platanera. (p. 301.)

El narrador nunca pierde contacto con “El presente”. Para ello, el personaje de Nicéforo es el punto de apoyo, el centro alrededor del cual surgen las diferentes genealogías de personajes como Nicasio, Genaro, Maximiliano, Aquileo o el tío Nayo. Al explicar la experiencia

vivencial de los personajes también se está contrastando la actitud de Nicéforo, quien justifica sus acciones por el arraigo a lo que considera fundamental, su tierra, y el ansia de sobrevivencia. Otros personajes (como don Pedro, por ejemplo) representan la avaricia y el poder.

En una novela fríamente contada, considérense los ejemplos que he puesto a lo largo de este escrito, pocos son los personajes femeninos que aparecen. Crisálida, la esposa de Nicéforo, es uno de ellos. Madre y esposa, es el arquetipo de la mujer campesina sin posibilidad de ir más allá de su rutina diaria, pues las condiciones sociales no se lo permiten. Como contraste, también está el personaje de Rosalinda Guzmán, quien "afamada por su brío y sus desplantes, había hecho de la doble negación del matri-

monio y de los hijos un culto de libertad que, en

tierra de hembras sumisas y precoces paridoras, era visto como una herejía" (p. 156).

Algunos otros personajes femeninos continúan las mismas características de Crisálida. No hay duda de que con la descripción de los personajes, el autor deja de lado todo

idealismo frente al espacio rural.

Huatulqueños termina con una "Complementación historiográfica", en la que, con acierto, el autor explica el significado de la palabra Huatulco, y desarrolla brevemente lo que dicen las fuentes que sucedió durante los siglos anteriores en ese mágico lugar. Como bien lo apuntó el autor al final del libro, únicamente esta parte es historiográfica, lo demás es *literatura*. Literatura, creo yo, que congela los nervios.

Por lo dicho hasta aquí, la cuarta novela de Da Jandra ya no sigue el plan de *Entrecruzamientos*. En *Huatulqueños* se presentan intereses más literarios que filosóficos o epistemológicos. No obstante, los otros dos libros de la producción dajandriana que siguen a *Entrecruza-*

mientos (*Totalidad*, *seudototalidad* y *parte* y *Tanatonomicon*), continúan, curiosamente, el camino de esa trilogía.²

Como filósofo, Da Jandra no deja de lado la reflexión y la literatura le funciona bien para hacerlo; más aún, es un filósofo que como escritor de novelas quiere romper con la *presentaneidad* —otra expresión dajandriana que representa únicamente el presente sin relación entre pasado y futuro—. En sí, sus libros responden a una misma actitud reflexiva frente al hecho literario, frente a la realidad y los tiempos posmodernos. Finalmente, Leonardo da Jandra ha producido otra opción al público lector de narrativa mexicana, gracias a la cual la inmovilidad estética de nuestras letras está siendo superada con fortuna. ♦

Bibliografía

- Da Jandra, Leonardo, *Arousiada I: La voluntad generadora*, Joaquín Mortiz, México, 1995.
- , *Los caprichos de la piel*, Seix Barral, México, 1996.
- , *Entrecruzamientos I, II, III*, Joaquín Mortiz, México, 1986, 1988, 1990.
- , *Huatulqueños*, Joaquín Mortiz, México, 1991.
- , *Presentáneos, pretéritos y pósteros*, Joaquín Mortiz, México, 1994.
- S. C. Chuco [Leonardo da Jandra], *Tanatonomicon* (poética de lo ambiguo), Joaquín Mortiz, México, 1992.
- , *Totalidad, seudototalidad y parte. Lo real y sus formas de existencia*, Joaquín Mortiz, México, 1990.

² En efecto, toda la propuesta metodologizante de la trilogía, producida de manera literaria, se desarrolla en teoría en *Totalidad...* Aquí, Chuco hace un recorrido desde Leucipo hasta Heidegger que le permite proponer un sistema y un método. *Totalidad...* es un libro filosófico y por lo tanto de una lectura menos accesible para el lector neófito, y menos atractivo que la trilogía, pues en ésta el carácter de Eugenio, su forma de ser y su antisolemnidad, salvan, ciertamente, el intenso reflexionar de don Ramón, quien, como el don Juan de Castaneda, problematiza la relación con la realidad. Por su parte, el *Tanatonomicon* es, en palabras del mismo Da Jandra, "obra defectiva por exceso ... es una disección brutal del cadáver de la literatura: una evisceración y descuartización del cuerpo del lenguaje que nos remiten irreverentemente al inevitable *Finnegan's Wake* de Joyce" (p. 7). Para los lectores de Da Jandra, en cambio, es remitirse, aunque también con ciertas reservas, al juego del lenguaje de *Entrecruzamientos: arborescencia, arduidad, magicizante, ensabiecido* son expresiones que aparecen a lo largo de la trilogía como una forma de rebeldía. Lo mismo sucede en *Tanatonomicon*, aunque llevado a altos extremos. La práctica del lenguaje rompe con pautas de lectura, y el diálogo texto-lector, sin mediación alguna, vuelve al desbordamiento filosófico que se mostraba ya en la trilogía. Hay que hacer notar, sin embargo, que a pesar de los posibles enlaces entre *Entrecruzamientos* y *Tanatonomicon* el lector puede percibir una escritura diferente, pues si hay semejanza entre ambas no son iguales, y en cuanto a *Huatulqueños*, su escritura lo aleja de toda la producción literario-filosófica de Da Jandra.